

La historia en la escuela (2006)

La Nación, 3 de marzo de 2006

¿Qué historia enseñar en la escuela? El desconcierto de maestros y profesores sobre esta cuestión es una parte, no menor, del conjunto de problemas acarreado por la fallida reforma educativa. Pero hay algo más: nuestras ideas sobre la historia han cambiado.

Hasta hace tres décadas, esa enseñanza se organizaba en torno de un relato relativamente canónico, referido al estado y a la nación, desde los albores de su independencia hasta la organización del estado. Sin duda, era una versión coherente; pero hoy resulta insuficiente e insostenible. Los historiadores han desarrollado otras formas de aproximarse al pasado. Hay nuevas preguntas y nuevos temas, que van desde la intimidad de la vida privada hasta las más controvertidas cuestiones sociales. En ese sentido, hoy todo es historia. Por otra parte, la mirada de los historiadores es esencialmente crítica: sus verdades son provisionales, refutables y perfectibles. Los relatos únicos, y en algún sentido teleológicos –como el del estado nacional- despiertan desconfianza.

Estos aspectos virtuosos del saber académico plantean nuevos problemas para quienes la enseñan. ¿Cómo acotar la complejidad? ¿Cómo dar cuenta de los distintos fragmentos, sin forzar su lógica intrínseca? ¿Cómo combinar distintas perspectivas –cada una con su porción de verdad- en una versión integrada? La síntesis es difícil. Y estas síntesis son las que permiten a los historiadores llegar al público más general, en el cual los docentes ocupan un lugar importante.

La Argentina tiene hoy un plantel de historiadores profesionales excelente, particularmente en esa edad en torno de los cuarenta años. La difusión está entre sus preocupaciones, y la producción en este campo es ya de importancia, aunque ciertamente todavía es insuficiente, e insuficientemente conocida. En ese terreno, la estrella del momento es otra: algo que denominaré “historia de mercado”. Se trata de un conjunto de versiones del pasado de amplia repercusión, surgidas en los medios masivos, pensadas para ellos y formateadas por ellos. Su éxito es indudable: todo el mundo las lee, las oye o las ve. Tanto, que se han convertido en un fenómeno cultural, un indicador de lo que es hoy el sentido común respecto del pasado.

Allí reside precisamente la clave de su éxito. Estos libros trabajan sobre un terreno donde el lector se reconoce fácilmente, pues confirma sus ideas previas. ¿A quién no le atraen las versiones conspirativas de la historia? Un conjunto reducido de hombres y mujeres perversos, a quien responsabilizar de todos los males. ¿A quien no le seduce la revelación de una historia nunca contada, cuyo ocultamiento es parte de esa misma conspiración? ¿Cómo no sentirse cómodo con relatos del pasado que reproducen las mismas denuncias que cotidianamente aparecen en los noticieros televisivos, como la corrupción? Todo ello explica buena parte del éxito de estas versiones mercantiles de la historia. El revisionismo historiográfico, sedimentando en el sentido común, le agrega otro elemento: la víctima final de esa conspiración y silenciamiento es el “pueblo”, o también la “nación”; los victimarios son las minorías egoístas y enajenadas a intereses extraños. Todos los temas de lo “nacional y popular” concurren fácilmente en este relato, al que se agrega un motivo de los años setenta, hoy renacido: la facciosidad.

Más allá de otras observaciones críticas, de índole ciudadana o política, me parece que como historia es muy pobre. No ayuda a comprender, ni mucho menos a juzgar críticamente.

Sus temas, circunscriptos a la más tradicional historia patriótica, parecen tomados del Billiken de hace cincuenta años. Sus explicaciones son tan limitadas que ni siquiera asumen la forma de un relato con sentido, más allá de la machacona insistencia en la corrupción y la traición eternas.

No se trata de cuestionar el derecho a la existencia de estos productos. El pasado es de todos, y cada uno tiene derecho a proponer el relato que más le guste o convenga. ¿Qué otra cosa hicieron Virgilio o Borges? Tampoco se trata de negar el eventual rédito cultural de cualquier apelación al interés por el pasado. Finalmente, recuérdese que se trata de producción mercantil, y el mercado tiene su propia sabiduría, ajustando oferta con demanda.

Pero la escuela es otra cosa. En la escuela hay una cuestión de interés público que defender. ¿Que tipo de imagen del pasado, de conciencia histórica, queremos que tengan nuestros alumnos, los futuros ciudadanos? Es allí donde creo que la enseñanza debe transcurrir por caminos completamente diferentes a los que propone esta historia de mercado. Es allí donde la escuela tiene que proponer algo distinto a lo que ofrece la mayoría de los medios. En la escuela, el saber establecido es quien debe marcar el camino. Allí, y con los educadores, los historiadores profesionales tienen la responsabilidad de dar batalla a la historia mercantil.

¿De que historia se trata? Señalaré tres cuestiones que tienen que ver no tanto con versiones del pasado –pues son admisibles diferentes interpretaciones - cuanto con imágenes conceptuales de lo que el pasado es. La primera: el pasado es complejo, comprende la totalidad de la experiencia humana, y no simplemente aquellos fragmentos de la épica patria canonizados en las efemérides. El pasado es la vida toda, y su imagen debería ser tan amplia y vívida como, por ejemplo, las que nos ofrecen los novelistas: Jane Austen, Balzac, Galdós, por citar algunos. Esa imagen compleja debería ser, a la vez, coherente, explicativa pero nunca simplista o esquemática.

La segunda cuestión: el pasado es distinto del presente. Muy distinto. Una misma comunidad nacional tuvo en el pasado distintas formas de vivir, distintos valores y pautas de comportamiento. Sus problemas eran otros. Hasta las palabras con que se expresaban, aunque iguales a las nuestras, tenían sentidos muy diferentes. Quien mira el pasado como historiador, debe asemejarse a un antropólogo explorando culturas extrañas.

Finalmente, la historia tiene que enseñar a comprender el pasado, antes que a juzgarlo. Juzgar es una tendencia natural del sentido común: alguien fue corrupto o decente, patriota o traidor. ¿Según que criterios? ¿En que circunstancias? No se trata solo de valores. El primer trabajo del historiador es comprender todo aquello que enmarca socialmente una conducta individual. Debe distinguir entre intenciones y consecuencias, normalmente diferentes de aquellas. Debe entender toda aquella parte de los procesos históricos que escapa a las acciones deliberadas de los hombres.

Por estos caminos, la comprensión se antepone al juicio irreflexivo, prejuicioso, faccioso. No lo excluye pero lo acota y lo hace más preciso. Probablemente, esto sea lo mejor que la enseñanza de la historia puede hacer para formar un ciudadano.

Luis Alberto Romero

(Historiador. Dirige el Centro de Historia Política de la Universidad Nacional de General San Martín, o UNSAM).